

APUNTES CRÍTICOS SOBRE LOS PROCEDIMIENTOS DE OBSERVACIÓN EN LA ARQUEOLOGÍA CUBANA

(Ponencia presentada en la VII Conferencia Internacional Antropología 2004, Noviembre 24 al 26 del 2004)

Daniel Torres Etayo
Grupo de Arqueología,
Centro Nacional de Conservación, Restauración y Museología.

“El que tenga los datos libres de culpa, que lance la primera...teoría”
(Aforismo gandariano)

Resumen

Una de las cuestiones que ha despertado mayor atención en los últimos años dentro de los ámbitos de la ciencia ha sido el problema de la veracidad de las observaciones sobre las que se basan y construyen los datos científicos. Este problema, conocido como el de las “teorías observacionales”, se ha revelado como un asunto clave, pues de él parten los principios para la construcción de datos confiables sobre los cuales se van a corroborar o variar nuestras teorías y explicaciones. Desafortunadamente es muy poco el interés que se le ha prestado a esta problemática específica en el ámbito arqueológico internacional y casi nulo en el nacional, y es por eso que la inmensa mayoría de los arqueólogos sigue haciendo sus reconstrucciones y explicaciones sin preocuparse de los problemas que presentan sus observaciones en sí mismas. Las preguntas hechas a los datos son escasas y reflejan el mito asumido de la “transparencia del dato” y la “lectura directa” del registro. De esta forma es que se explica cómo pueden conformarse consensos en torno a objetivos no cuestionados y a interpretaciones que pueden ser altamente elaboradas y, sin embargo, no corresponder a la realidad histórica. En el trabajo se analizan los problemas metodológicos que ha ocasionado la ausencia de teorías observacionales en la investigación arqueológica nacional, utilizando casos de estudio, tanto del período aborigen como colonial. Se resalta la impostergable necesidad de la reflexión sobre el basamento de las observaciones en la arqueología cubana desde una posición teórica marxista que privilegia la congruencia entre las técnicas, la lógica de la metodología y la teoría, como unidad dinámica indisoluble.

Introducción

Una de las cuestiones que ha despertado mayor atención en los últimos años dentro de los ámbitos de la ciencia ha sido el problema de la veracidad de las observaciones sobre las que se basan y construyen los datos científicos. Este problema, que en los términos de la filosofía de la ciencia se conoce como el de las “teorías observacionales”, se ha revelado como un asunto clave, pues de él parten los principios para la construcción de datos confiables sobre los cuales se van a corroborar o variar nuestras teorías y explicaciones. De esta manera, el contenido de estas teorías para la ciencia arqueológica vendría siendo el equivalente de lo que para otras ciencias sociales es conocido como la “crítica de fuentes”.

Desafortunadamente es muy poco el interés que se le ha prestado a esta problemática específica en el ámbito arqueológico internacional y casi nulo en el nacional, esto ha tenido su causa en que la arqueología contemporánea mantiene una epistemología empiricista ingenua, en donde los datos son autoevidentes y no problemáticos (Gándara, 1987:6). En otras palabras, la inmensa mayoría de los arqueólogos sigue haciendo sus reconstrucciones y explicaciones sin preocuparse de los problemas que presentan sus observaciones en sí mismas.

En una perspectiva histórica, Bate (1998) ha planteado que las limitaciones teóricas de la arqueología tradicional bajo los presupuestos del difusionismo, el culturalismo y el evolucionismo unilineal, provienen de que las preguntas hechas a los datos son escasas y reflejan el mito asumido de la “transparencia del dato” y la “lectura directa” del registro. De esta forma es que se explica cómo pueden conformarse consensos en torno a objetivos no cuestionados y a interpretaciones que pueden ser altamente elaboradas y, sin embargo, no corresponder a la realidad histórica.

Esta forma de proceder de los arqueólogos tradicionales y especialmente, los de la escuela normativa norteamericana, fue una de las causas que provocó, a partir de la década del 60 del siglo XX, la reacción en los marcos académicos que conlleva al surgimiento de la llamada Nueva Arqueología.

El planteamiento pionero de Lewis Binford (1), de que mientras no se explicitaran las bases teóricas que permitieran unir las evidencias que se encuentran en los sitios, con el pasado que las produjo, nuestro conocimiento seguiría siendo sobre contextos contemporáneos al investigador (Binford, 1968), fue un fuerte estímulo para el desarrollo de las investigaciones teóricas. Los representantes de la Nueva Arqueología y sus derivaciones posteriores, se ocuparon de este asunto con gran fuerza en el sentido de dotar a la ciencia arqueológica de un cuerpo teórico propio, en especial al desarrollo de “Teorías de Rango Medio”, pero con un sustrato filosófico tomado mayormente del positivismo lógico o neopositivismo(2).

A pesar de todos estos esfuerzos, la atención específicamente dedicada al esclarecimiento del grado de confiabilidad de los datos con los que trabaja el arqueólogo, fue bastante poca. Tal vez, las más importantes indagaciones sobre esta materia, fueron llevadas a cabo por el norteamericano Michael Schiffer entre las décadas del 70 y el 80 del siglo pasado. Sus trabajos, demostraron que los llamados datos arqueológicos provienen de contextos que han sufrido, casi en su generalidad, complejos procesos de formación y transformación. De esta manera, este autor ha insistido en señalar las grandes fallas de los arqueólogos procesuales (3), al asumir que la conducta de los hombres en el pasado reflejada en la organización social, el sistema de asentamiento, el comportamiento subsistencial, etc. eran el **único determinante** de las propiedades actuales del contexto arqueológico (Schiffer, 1996:4). La contribución de Schiffer es importante al ofrecer una pauta para romper con la epistemología empiricista dentro de la arqueología, y aclarar las teorías a partir de las cuales se obtienen los datos (4).

Sin embargo, la adopción del neopositivismo como base filosófica de la teoría, no solo en el caso de Schiffer sino de toda la Nueva Arqueología, representó un escollo insalvable para el desarrollo de propuestas teóricas coherentes dentro de la ciencia arqueológica (5). En ese sentido, nuestro trabajo tiene su basamento teórico en los principios de la Arqueología Social Latinoamericana (ASL) y en específico, se relaciona con los desarrollos teóricos elaborados por los integrantes del grupo de la ENAH de México.

Algunas bases conceptuales de la ASL

La ASL ha fundamentado, desde el marxismo, una serie de principios teóricos de gran importancia en el desarrollo del proceso de la investigación arqueológica que buscan superar las

dificultades presentadas por la base filosófica neopositivista empleada en la mayoría de las investigaciones producidas en el contexto mundial.

Sin embargo, y como bien ha planteado Luis Felipe Bate: *“Lo que define la especificidad del método materialista histórico en la arqueología no es de por sí ni la teoría ni la aplicación de técnicas particulares, sino la congruencia entre las técnicas, la lógica de la metodología y la teoría, como unidad dinámica indisoluble”* (1978:11) (6).

De este modo, un principio en el que se ha insistido es aquel de la **prioridad epistémica y lógica de la teoría sobre el método** (7). En este sentido, se ha dado una gran importancia a los problemas ontológicos relativos a los niveles de realidad a que la disciplina debe hacer frente, cuyo encadenamiento daría cuenta del proceso de génesis de la información arqueológica. Se trata pues, de articular las teorías sobre los distintos campos de la realidad que son necesarias para explicar cómo el conjunto de evidencias empíricas actualmente observables, así como la información producida a partir de su observación, están causalmente vinculados con los distintos aspectos del pasado histórico de las sociedades que constituyen nuestro objeto de estudio. Es esta una condición indispensable para poder formular, consecuentemente, los requisitos y opciones metodológicas para acceder a su conocimiento; y para validar las inferencias que hagamos sobre el pasado a partir del registro de sus efectos actuales, también en dinámica transformación. (Bate, 1998:47).

Esta visión del proceso general de la investigación arqueológica, conlleva la teorización sobre tres niveles particulares de la existencia de procesos reales, que a la vez constituye la solución a tres problemas ontológicos fundamentales, a saber: a) el materialismo histórico, o teoría sustantiva de los procesos sociohistóricos; b) la historia de los contextos arqueológicos; y c) la historia real de la producción de la información. (Ibid : 49).

En el caso del primero de estos problemas, a habido un intenso trabajo de desarrollo teórico enfocado en las categorías fundamentales de formación económico social, modo de vida y cultura, que no es objeto central de este trabajo(8); en tanto que los restantes problemas, en especial, el relacionado con la historia de los contextos arqueológicos, serán objeto de especial análisis por nuestra parte.

La Teoría Arqueológica y la Teoría Observacional Arqueológica

La explicación de las conexiones entre las propiedades de los fenómenos empíricamente observables y las regularidades que rigen la causalidad y estructura fundamentales de los procesos reales estudiados, se ha intentado solucionar desde la filosofía de la ciencia moderna a través de la relación entre las “teorías sustantivas” y las “teorías observacionales”. En ese sentido la **teoría sustantiva** es la que interpreta y explica los procesos que constituyen el objeto de central de investigación de una ciencia; y las **teorías observacionales** serían aquellas que permiten explicar los datos de observación y su conexión con los procesos que son objeto de interpretación por la teoría sustantiva. (Bate 1998: 104, subrayados del autor).

Podemos definir a la **teoría de lo observable** como: *“una selección y organización racional - bajo la forma de conceptos y juicios resultado de generalizaciones por abstracción - de los aspectos, atributos y relaciones presentes en la realidad objetiva observable, los cuales guardan*

conexiones explicables con aquellos aspectos que nos interesa inferir y que resultan relevantes a la teoría sustantiva.” (Ibid: 107)

En el caso de la Arqueología, es totalmente necesario definir una teoría particular que tenga como finalidad la explicación de los objetos que son su materia de estudio y, por ello, se relacione con las técnicas particulares de obtención de datos, y se conforme como una “**teoría de la observación**”(9), que parta de la premisa de que la construcción de los datos es problemática y que, por lo mismo, no existe una relación unívoca entre ellos y los niveles explicativos de la ciencia (López, 1990: 23).

Si de acuerdo con Lumbreras, “*La inferencia arqueológica pasa también por la comparación entre los efectos naturales y aquellos de origen antrópico sobre los restos materiales, en donde los elementos de base para la inferencia están contenidos en los objetos mismos. [...] Su existencia se infiere, como unidad socialmente significativa, por deslinde de los efectos diferenciados entre la acción natural y la acción no-natural, o sea social*” (1984:3), entonces se comprenderá la importancia crucial de poder discernir entre los diversos procesos que forman y transforman los contextos arqueológicos.

Es necesario, pues, la integración y formulación del conjunto de leyes que permitan entender la dinámica del registro arqueológico, a fin de que, por un lado, formen parte de la teoría de lo observable en Arqueología, y por el otro, expliquen el por qué de las características formales que muestra en el momento de ser objeto de investigación, o bien predecir y retrodecir su situación futura o pasada, respectivamente. (Ibid: 92)

Retomando el problema ontológico de la historia de los contextos arqueológicos, definido anteriormente, la teoría observacional de la Arqueología debería dar cuenta de tres aspectos diferentes: a) cómo se originan, b) qué factores los transforman y de qué manera, y c) qué características presentan a la observación (10).

En lo referido al primer aspecto la causalidad general del origen de los contextos arqueológicos debe remitirse a los diferentes procesos de transformación material de la naturaleza producidos por el trabajo humano. En tanto que los factores que los transforman se relacionan con una serie de procesos de complicada causalidad, de origen antrópico y natural, que en sus múltiples combinaciones actúan sobre los contextos variando sus propiedades originales.

Por su parte, la presentación de los contextos arqueológicos se refiere a la “*organización de los atributos observables para el investigador, que constituyen todo el cuerpo potencial de datos primarios del cual dependerán los demás procesos inferenciales acerca de la historia social concreta que, a través de ellos, podremos conocer.*” (Ibid: 115). Siendo, en primera instancia necesario definir los **atributos formales** que, como propiedades físico-químicas, espacialidad, magnitud, forma, etc., deben presentar los contextos arqueológicos; para posteriormente definir los **atributos inferibles**, como temporalidad, contenidos sociales, singularidad cultural, entre otros.

La importancia vital del desarrollo de una teoría observacional para la Arqueología estriba en que en dependencia del grado de elaboración que tengan este tipo de problemas ontológicos se podrá tener una adecuada idea de los datos que utilizaremos en relación a la previsión de cómo y qué se

observará, cómo y qué se medirá, qué se registrará y de qué manera (Ibid:165); y a su vez, se podrán seleccionar las técnicas que mejor satisfagan los requerimientos de la teoría (11).

Esta problemática finalmente, también nos lleva a la consideración de dos aspectos esenciales del proceso del conocimiento, a saber aquel de la **unidad de análisis** y el de la **unidad de observación**.

Ambos aspectos que no siempre son considerados en los diseños de investigación, o cuando menos, son empleados en dos niveles que no guardan la debida correspondencia. Es decir, nuestras unidades de análisis comúnmente son mucho más grandes (por ejemplo, comunidad o sociedad) en tanto que nuestras unidades de observación abarcan una dimensión temporo-espacial mucho más limitada (por ejemplo, cala, trinchera o artefacto). La debida concordancia entre ambas dimensiones debe ser un requisito epistemológico imprescindible desde una perspectiva de la arqueología como ciencia social.

En los ámbitos de la Arqueología cubana existe una evidente falta de teorización en estos aspectos, derivada de una concepción con raíces particularista-históricas (normativas) que privilegian el empirismo como procedimiento de conocimiento. La ausencia de teoría arqueológica, expresada en la sustitución de la misma por los procedimientos directos de obtención de datos, regidos por una metódica dada que excluye las teorías observacionales propias del procedimiento arqueológico, repite el ciclo interminable de una práctica incapaz de producir conocimiento cierto sobre el objeto de conocimiento (Torres, 2004). A continuación ejemplificaremos con algunos casos que consideramos comunes y ejemplares de esta situación.

¿Quién dibujó, lo hizo el indio o lo hice yo?

El arte rupestre cubano sin dudas, ha sido una de las más fecundas esferas del quehacer arqueológico cubano y de las que mayor volumen de información existe. Una gran cantidad de publicaciones referidas a este tópico está disponible. Sin embargo, a pesar de que existen buenos intentos de análisis de los contenidos sociales y las problemáticas de interpretación de estas creaciones precolombinas, la inmensa mayoría de los trabajos tienen, y siguen teniendo, un corte descriptivo. En nuestro caso no nos referiremos a la esfera de los contenidos sociales del arte sino, más bien, a los procedimientos observacionales que supuestamente producen una información descriptiva fidedigna de los elementos artísticos, y que posteriormente pudiera ser empleada en la explicitación de los mismos.

Al hacer un análisis de la bibliografía disponible, es notable la ausencia de la mención a los procedimientos y criterios usados para reproducir el arte rupestre. En los pocos casos en que se mencionan los procedimientos, parece que el calco directo en hojas de papel o plástico, o la fotografía son los únicos medios que se utilizan para acceder y almacenar a las imágenes. Si bien pudiera parecer que los procedimientos están condicionados, efectivamente, por la base técnica material disponible, nuestra atención hace mayor énfasis en la lógica que en el procedimiento en sí y aquí se manifiesta una de las debilidades de estos procedimientos: ¿son estas imágenes y/o representaciones realmente las que dejó originalmente su autor?, ¿no han sido sometidas a procesos de transformación?, ¿nuestra intervención y/o percepción actual no tiene consecuencias serias a la hora de inferir o explicar los contenidos sociales de todo arte? La imposibilidad de responder a estas preguntas, deriva de la ausencia de teorías observacionales.

Pongamos uno de los ejemplos más evidentes y recientes. Se trata del trabajo *“Estilo Patana. Propuesta para un nuevo estilo ideográfico en el extremo más oriental de Cuba”* de los autores Divaldo Gutiérrez, Racso Fernández y José González (2003). En el mismo se propone el establecimiento de un estilo de arte rupestre, utilizando, entre otros parámetros, los rasgos formales fundamentales de los petroglifos de la zona de Maisí, mayormente, los que se ubican en la Caverna de La Patana.

En nuestra opinión, un rasgo tan importante y básico para el establecimiento de un estilo artístico, como la forma misma de la representación, merece mayor detenimiento. Si consultamos la bibliografía disponible, encontraremos que existen al menos cuatro representaciones distintas de uno de los elementos utilizados para definir el estilo. Es el caso del mural petroglífico de la Caverna de La Patana.

La primera corresponde al norteamericano Mark Raymond Harrington y es una fotografía que impresiona por su excelente resolución, tomada en su expedición de 1919 (Harrington, 1921). La segunda es de Antonio Núñez Jiménez (Núñez, 1975) y fue tomada en la década del 60 del siglo XX. La tercera es de José Manuel Guarch y al parecer, fue tomada también en la década del 60 (Guarch, 1978); y por último, existe la imagen gráfica de Racso Fernández y José González, aparecida en un trabajo reciente (Fernández y González, 2001).

Haciendo una comparación entre la primera conocida y la última, encontramos una diferencia muy grande. Sería útil en este caso saber, ¿qué criterios emplean los autores para escoger una y no otra?, pues tal especificación no se encuentra en ninguno de los trabajos posteriores a Harrington. Por otra parte, ¿cuál es la causa de la variabilidad en las representaciones? Descartando un afán premeditado por el descubrimiento de lo nuevo en aquellos que siguieron al arqueólogo norteamericano, la única respuesta posible se puede hallar en los procedimientos observacionales empleados, o mejor dicho, en el deficiente uso de los mismos.

Para nosotros que hemos trabajado la zona de Maisí, está claro que los petroglifos de la Caverna de La Patana, han sufrido, como cualquier contexto arqueológico, procesos de transformación drásticos. En lo referido a este caso especial hemos podido documentar un proceso antrópico de raspado con el fin de “limpiar” de adherencias al dibujo “original”, efectuado periódicamente por el supuesto “encargado” de la custodia y mantenimiento del sitio. Este proceso de limpieza era regularmente ejecutado a punta de machete, e imaginamos que haya tenido serias consecuencias para la morfología de los petroglifos.

Debemos apuntar que, teniendo en cuenta el factor temporal, este es solo uno de los muchos procesos que pudieron haber afectado el registro arqueológico rupestre, y estos procesos aun permanecen sin estudio, en el caso de los petroglifos de Maisí.

En este punto concordamos totalmente con los autores mencionados al inicio del acápite cuando dicen que: *“En todo lo expresado hasta ahora se hace palpable que no entendemos cómo se puede seguir ‘postulando’ unidades de síntesis (estilos) sin tener en cuenta los rasgos particulares del contexto”* (Gutiérrez et al. 2003: 93).

De la cala a la basura, de la basura a la ... sociedad?

Los estudios de sitios arqueológicos aborígenes de Cuba, sobre todo a partir de la década de los 90 del siglo XX, salvo muy raras excepciones, constituyen un caso ejemplar de un tipo de proceder que constituye prácticamente una especie vicio excavatorio. Se trata de un problema relacionado con las unidades de observación y de análisis, y por supuesto, del subdesarrollo de nuestras teorías observacionales.

El proceder tradicional ha sido la selección de los montículos residuarios, seguidamente, la práctica de calas o unidades de excavación más o menos grandes, y de allí, luego del procesamiento y análisis de evidencias, pretender llegar cuando menos, a una descripción de la sociedad concreta bajo estudio (aun cuando sea una meta cara y apetecible de todos nosotros llegar a la EXPLICACIÓN). En esta forma de proceder, las calas se constituyen en una especie de “ventanas” mediante las cuales accedemos a una realidad pasada de una escala mucho mayor, a saber, la sociedad concreta.

Independientemente de las discusiones que históricamente se han producido en torno a la magnitud de superficie excavada para que la información generada pueda llegar a ser segura, nuestro análisis no se centra en este aspecto, sino más bien, en aquel referido a, ¿desde dónde pretendemos observar a la sociedad bajo estudio? Bajo el esquema antes señalado, lo estamos haciendo exclusivamente desde la basura, y por lo tanto estamos entendiendo que la basura, independientemente de las unidades de excavación, o de que los contextos excavados sean primarios o secundarios, es nuestra ventana directa al pasado.

Sin embargo, abundantes y serios estudios etnohistóricos han aportado datos suficientes para considerar con mucho cuidado a la basura arqueológica; y sobre todo, han dejado bien claro, que la basura, no es un reservorio directo de datos sobre la sociedad, sino que como todo contexto arqueológico la información que aporta está sesgada por los procesos de formación y transformación (Hayden y Cannon, 1983). En otras palabras, la sociedad puede no reflejarse directamente en los materiales que desecha, por la sencilla razón de que no todo se bota en el mismo lugar, y por tanto el acto de botar desechos está condicionado por criterios tan diversos como pueden ser la posibilidad de reuso, el potencial de obstaculización, la distancia y las concepciones higiénicas de cada unidad doméstica.

Bajo esta perspectiva, es imposible producir conocimiento cierto desde una unidad de observación que ha sido entendida como no problemática, pero que en la realidad, es mucho más compleja de lo que nosotros creemos entender.

Es por este tipo de visión que en Cuba carecemos, por ejemplo, de datos arqueológicos concretos sobre las estructuras de las casas de poblados aborígenes o de la disposición espacial de un sitio completo. Y esto seguirá ocurriendo mientras solo nos dediquemos a investigar en la basura arqueológica y lo que es peor aun, sigamos dejando las respuestas a interrogantes más sustanciales en el orden social, a lo escrito en las Crónicas.

Sin embargo, nuestros conceptos sobre la basura como reservorio no problemático de datos arqueológicos, no solo se circunscriben a los estudios sobre sitios arqueológicos aborígenes, sino que también es común encontrar esta concepción un tanto ingenua, en los estudios dedicados a

los contextos urbanos coloniales. En ese caso específico, escuchamos con cierto asombro, la declaración de que podemos llegar a verdaderas explicaciones del modo de vida y la sociedad colonial, a través de lo que los arqueólogos son capaces de recuperar en las letrinas. Esta posición, independientemente de que olvida que la letrina es un contexto alta y potencialmente transformado en la escala temporal, además es un fiel reflejo de una sociedad dividida en su médula por la esclavitud y las contradicciones sociales del mundo colonial. La pretendida “democracia de los desechos” que algunos autores creen observar en las letrinas habaneras (Lugo y Menéndez, 2003), no tiene sustento alguno en la realidad colonial, por la sencilla razón de que, como todo en esa sociedad dividida, los desechos humanos de amos y esclavos no se podían mezclar en el mismo espacio. De tal manera, y para pesar de aquellos que piensan en términos simples sobre estos contextos, lo más que llegamos a ver en los mismos es un pequeño sector de la sociedad colonial. Como siempre sucede, las clases más pobres y los esclavos quedan fuera de nuestras unidades de observación y por lo tanto, de nuestra historia.

Conclusiones

Como se ha argumentado ya desde hace tiempo, en la ciencia arqueológica se viene necesitando una revisión de las bases teóricas y conceptuales. En el caso cubano esta revisión debe empezar por incorporar los desarrollos teóricos producidos desde hace más de tres décadas a escala internacional y que sin embargo, siguen sin aparecer en el quehacer de los arqueólogos nacionales. En especial nos referimos a la escuela de pensamiento marxista conocida por Arqueología Social Latinoamericana, que ha producido la única corriente académica coherente de nuestro continente. El aprovechamiento y enriquecimiento de sus desarrollos teóricos es sin dudas, una labor de mérito y deseable de acometer.

Una de las cuestiones más importantes a las que se debe atender es al desarrollo de procedimientos observacionales más acordes con la realidad, es decir, el lograr que nuestras unidades de observación sean equiparables y de un mismo nivel que nuestras unidades de análisis. Esto sin dudas, solo se podrá lograr el día en que los arqueólogos cubanos eliminen la perspectiva empiricista, tan cara del positivismo filosófico que ha plagado a la ciencia, y dejen de tratar al dato arqueológico como una unidad de información no problemática y directa. Como se ha visto, los contextos arqueológicos, fuente principal de datos del arqueólogo, son sometidos a profundos procesos de formación y transformación que deben ser tenidos en cuenta a la hora de su interpretación. Si falla la cadena de inferencias en ese punto inicial, la consecuencia no puede ser otra que la producción de información deficiente y por lo tanto de un conocimiento altamente sesgado, inseguro, o simplemente incierto, de los procesos sociales que intentamos explicar.

Por último, si para una concepción materialista-dialéctica (marxista) del proceso de conocimiento es un requisito indispensable la prioridad epistemológica de la teoría sobre la práctica, es un reto para la arqueología cubana que siempre ha declarado un alineamiento claro en los marcos del marxismo, hacer que sus procedimientos y referentes teóricos sean coherentes; y en esto juega un papel muy importante el desarrollo de teorías observacionales para la disciplina. Como bien ha planteado Manuel Gándara:

“La teoría podrá ser ciega sin datos, y los datos mudos sin teoría, pero lo cierto es que sin tener clara primero la teoría, los datos corren el riesgo de ser irrelevantes” (Gándara, 1992).

Bibliografía

Bate, Luis Felipe

1978.- “Sociedad, Formación Económico Social y Cultura”, Ediciones de Cultura Popular, México, 209 págs.

1981.- “Relación General entre Teoría y Método en Arqueología”, en Boletín de Antropología Americana, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, No. 4, pp. 3-50.

1992.- “Del registro estático al pasado dinámico’: entre un salto mortal y un milagro dialéctico”, en Boletín de Antropología Americana, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, No. 26, diciembre, pp. 49-67.

1998.- “El Proceso de Investigación en Arqueología”, Editorial Crítica, Barcelona, 278 págs.

Binford, Lewis

1968.- “Archaeological Perspectives”, en Binford ed., pp. 114-124.

Fernández, Racso y José González

2001.- “El enigma de los petroglifos aborígenes de Cuba y el Caribe Insular”, Centro Juan Marinello, La Habana, 96 págs.

Gándara, Manuel

1987.- “Hacia una Teoría de la Observación en Arqueología”, en Boletín de Antropología Americana, No. 15, pp.5-13

1992.- “El análisis teórico: aplicaciones al estudio del origen de la complejidad social”, en Boletín de Antropología Americana, No. 25, pp.-93-104.

Guarch, José Manuel

1978.- “El Taíno de Cuba, Ensayo de Reconstrucción Etno-histórica”, Instituto de Ciencias Sociales, Dirección de Publicaciones, La Habana, 263 págs.

Gutiérrez, Divaldo; Racso Fernández y José González

2003.- “Estilo Patana. Propuesta para un nuevo estilo ideográfico en el extremo más oriental de Cuba”, en Revista Catauro, Fundación Fernando Ortíz, Año 5, No. 8, pp. 91-111

Harrington, Mark Raymond

1921. - “Cuba Befote Columbus”, Indian Notes and Monographs, Museum of the American, New York.

Hayden, Brian y Aubrey Cannon

1983. - “Where the Garbage Goes: Refuse Disposal in the Maya Highlands”, en Journal of Anthropological Archaeology, No.2, pp. 117-163.

López Aguilar, Fernando

1990.- “Elementos para una Construcción Teórica en Arqueología”, Serie Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 159 págs.

Lugo, Karen y Sonia Menéndez

2003.- “La inmundicia en La Habana: Legado Colonial”, en el Caribe Arqueológico, No.7, pp.99-106.

Lumbreras, Luis Guillermo

1984.- “La Unidad Arqueológica Socialmente Significativa (II): la Inferencia Científica”, en Gaceta Arqueológica Andina, No. 11, Lima, pp.

Núñez, Antonio

1975.- “Cuba: Dibujos Rupestres”, Editorial Ciencias Sociales e Industrialgráfica S.A., La Habana y Lima, 503 págs.

Schiffer, Michael

1996.- “Formation Processes of the Archaeological Record”, University of Utah Press, Salt Lake City, 428 págs.

Torres, Daniel

2004.- “La Arqueología Cubana en la Encrucijada: la Teoría o la Empiria”, en Revista El Caribe Arqueológico, Casa del Caribe, Santiago de Cuba, No.8, pp.2-7

Vargas Arenas, Iraida

1990.- “Arqueología, Ciencia y Sociedad”, Editorial AbreBrecha, Caracas, 331 págs.

NOTAS

1 Al parecer esta idea, era compartida de manera paralela e independiente por el arqueólogo soviético Yuri Zajaruk, según Bate (1992).

2 A la Nueva Arqueología se le reconoce el haber hecho dos aportes esenciales en este sentido: “*reconoce a la arqueología como ciencia una social, que estudia la sociedad como proceso de desarrollo y busca conocer las leyes que lo rigen, entendidas como regularidades objetivas cognoscibles. Por otra parte, exige la explicitación de la lógica del método a través del cual los arqueólogos llegan a las conclusiones que publican*” (Bate, 1978:8)

3 Empleamos esta denominación en relación a los arqueólogos incorporados a los marcos teóricos de la New Archaeology, en su tendencia nomológica.

4 “*To remedy what I believed was the use of unwarranted assumptions about the nature of archaeological remains, I called for the development of a new branch of archaeological theory pertaining to cultural formation processes, and offered some provisional hypotheses for orienting inquiry on cultural deposition. Since then , more than a decade of vigorous ethnoarchaeological research and model building has provided genuine insights into these processes.*” (Schiffer 1996:98). Desgraciadamente, como plantea Gándara (1982:139), “*Schiffer parece pensar que ha inventado una ‘nueva nueva arqueología’, la ‘arqueología conductual’, y es esta pretensión la que mayores problemas le ha acarreado.*”

5 Para ver un excelente análisis sobre el tema consultar a Gándara (1982), y Bate (1992, 1998). No obstante, concordamos con Gándara (1982:148) en que si bien “*la nueva arqueología no es la salvación del mundo,[] tampoco es una moda fracasada cuyas proposiciones nos podemos dar el lujo de ignorar.*”

6 O lo que es lo mismo: “*la solución unitaria a los problemas de la gnoseología, la ontología y la lógica*” (Bate 1998:34)

7 “*...no es posible plantearse cómo conocer - ni evaluar la adecuación de los instrumentos lógicos de conocimiento - si no se tiene ninguna noción sobre qué es lo que se busca conocer, o sea, sobre las características del objeto de conocimiento*” (Bate, 1998:37)

8 Este problema ha sido ampliamente tratado por Bate 1978; 1981, 1998 y Vargas 1990.

9 Luis Felipe Bate ha argumentado lo pertinente de emplear el término “teoría mediadora” en vez del de “teoría observacional” bajo un marco materialista dialéctico (Bate 1998:106)

10 “*La necesaria teoría de la historia de los contextos arqueológicos aún es, sin embargo, una teoría en construcción carece todavía de una sistematización general que, sin ser ecléctica, dé cabida a la gran diversidad de aportes que se han realizado sobre el particular. La formulación de conceptos descriptivos y explicativos acerca de cómo se presentan los materiales y contextos arqueológicos a la observación es sólo una parte - indispensable - de esa teoría, a la cual deben estar orgánicamente integrados*” (Bate 1998: 116)

11 “*Los enunciados de la teoría arqueológica, [], así como las leyes que explican el conjunto de procesos de formación de los contextos arqueológicos y su transformación una vez que pertenecen al depósito arqueológico, constituyen una ontología del objeto empírico de estudio. Esta ontología debe permitir el desarrollo de técnicas nuevas y más precisas de recuperación y registro, para detectar aquellos elementos que actualmente no han sido buscados como datos relevantes, que aparecen como consecuencia lógica de los conceptos y leyes de la teoría arqueológica, y constituyen sus condiciones de falsación. A la vez, debe justificar y dar sentido a la aplicación de determinadas técnicas sobre otras. Por ello, adquiere el carácter de metodología en el momentos en que se usa para dirigir y establecer lineamientos sobre la forma de generar datos del contexto arqueológico.*”(López, 1990: 144)